

Capítulo 2.
Identificación del
problema y causas del
trabajo infantil en
Latinoamérica

2.1. Introducción

Es necesario realizar un estudio sobre las variables que provocan que exista el trabajo infantil, a fin de combatir este grave problema. Existe demanda de mano de obra infantil porque los menores suelen ser dóciles, obedientes, más baratos que los adultos y, si las necesidades de personal fluctúan, se puede prescindir fácilmente de ellos. El empleador, al contratar menores, no tiene que invertir a largo plazo en seguros o seguridad social, por lo supone un menor coste para las empresas y, por tanto, es una ventaja competitiva en los mercados nacionales e internacionales. Por otro lado, las industrias que requieren mucha mano de obra, trabajan con tecnología rudimentaria y se basan en actividades laboriosas o repetitivas durante muchas horas, prefieren utilizar niños/as. A todo ello, cabe añadir la permisibilidad de los gobiernos ante este grave fenómeno.

Los sociólogos suelen distinguir entre fuerzas “internas” y “externas” para explicar las causas de la existencia del trabajo infantil. Las fuerzas internas son “aquellas que actúan dentro de una familia”, como por ejemplo, la salud o la educación de los padres. Las fuerzas externas son “aquellas que trabajan sobre las familias desde el exterior, y en consecuencia, que pueden afectar a muchas familias simultáneamente”. Un ejemplo de esto sería una crisis económica nacional (Hilowitz, Kooijmans, Matz, Dorman, De Kock, Alectus, 2004; 80).

El principal interés de este capítulo será analizar el rol de las familias y las presiones económicas como causas del trabajo infantil, aunque también se considerarán otros aspectos importantes, como los movimientos demográficos.

2.2. La pobreza

El trabajo infantil es básicamente, uno de los síntomas de un problema subyacente de pobreza generalizada y desigualdad social. Pero es también una causa de ella y, en ese contexto, se perpetúa a sí mismo. La pobreza es un mal con profundas raíces y las catástrofes naturales, los desastres provocados por el hombre (la guerra y los conflictos civiles), el analfabetismo, la falta de poder y la ausencia de opciones viables, exacerbaban aún más las privaciones a las que se ven sometidas familias necesitadas que se ven obligadas a hacer trabajar a los niños (IPEC, 2003; 4).



A pesar de su reducción, las tasas de trabajo infantil siguen siendo muy elevadas en algunos países de la región latinoamericana (OIT, 2006a; 9): en los últimos años se ha reducido significativamente el trabajo infantil en las niñas y niños de edades comprendidas entre 5 y 14 años de Latinoamérica en su conjunto; no obstante, las tasas siguen siendo muy elevadas en algunos países en particular y la región en general, por lo que se requiere fortalecer los esfuerzos para erradicar este flagelo.

Los países latinoamericanos considerados en la presente investigación son 18, en orden alfabético: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay y Venezuela. Del análisis de la situación del trabajo infantil en América Latina, y especialmente de su vinculación con la pobreza, se obtienen importantes resultados y conclusiones.

Se comenzará analizando la vinculación entre el trabajo infantil a nivel agregado y algunas características de la pobreza a nivel macro. Como indicador del trabajo infantil a nivel agregado se utilizan las tasas por país; en este caso, para la población de 5-14 años (cuadro 2.1 del Anexo II).

Cabe destacar la redundancia entre diferentes índices, ya que existe una variabilidad muy pequeña entre ellos (Pérez, 2008; 186). Ésta circunstancia se puede comprobar observando las correlaciones que existen entre algunos índices e indicadores de pobreza tomados en cuenta para éste análisis (se dan altas correlaciones entre ellos) (cuadro 2.2. del Anexo II).

Sen, en 1976, ya identificaba los problemas derivados de la evaluación de la pobreza, que pasan por: la identificación de las causas, y la agregación buscando el cálculo de una medida general; de hecho, los indicadores y medidas de la pobreza son incompletos debido a la dificultad de definir el propio concepto (Sen, 1976; 219). Reconociendo todas estas limitaciones, el PNUD¹ ha potenciado en todos sus informes sobre Desarrollo Humano un concepto más amplio que presta atención a las libertades fundamentales del individuo; para intentar medirlo se utilizan una serie de índices: el Índice de Desarrollo Humano (IDH); el Índice de Pobreza Humana para los países en desarrollo (IPH1); y el Índice de Desarrollo de Género (IDG). Como el propio PNUD

¹ Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.



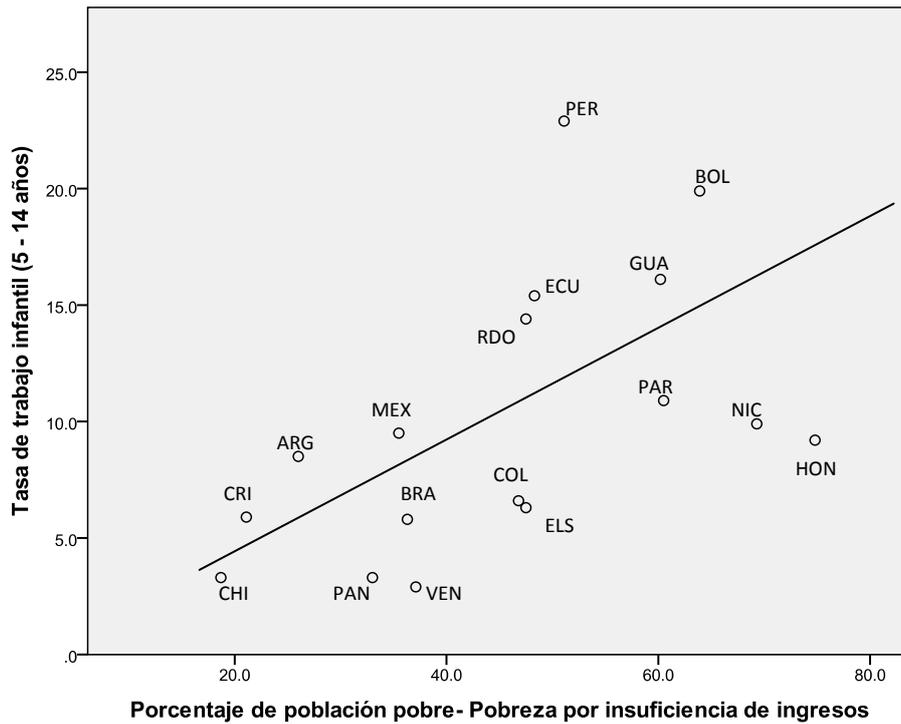
reconoce, se trata de diferentes mediciones pero con los mismos componentes: longevidad, educación, nivel de vida digno y participación o exclusión.

Por todo ello, al comprobar la fuerte correlación que existe entre ciertos índices y/o indicadores (ej. Índice de Pobreza Humana respecto al Índice de Pobreza Multidisciplinar, con un coeficiente de correlación positivo de 0,8, por lo que se toma en cuenta el primero, dado que poseemos más datos), algunos no se mencionan, aunque pueden observarse en el cuadro 2.2 del Anexo II.

Al considerar conjuntamente la tasa de trabajo infantil con la pobreza vista como una situación de ingresos insuficientes (es decir, estimada utilizando líneas de pobreza), hay una clara correlación positiva: las mayores tasas de trabajo infantil se presentan en los países con mayores niveles de pobreza y viceversa (gráfico 2.1 del capítulo, y cuadro 2.1 del anexo II). Si bien el coeficiente de correlación es de 0,54 (cuadro 2.2. del anexo II), es posible afirmar que el fenómeno del trabajo infantil en América Latina se asocia directamente con la pobreza en una dimensión global.

Se comprueba una situación conocida con anterioridad: que el trabajo infantil está directamente asociado con la pobreza en el hogar (la pobreza como factor determinante del trabajo infantil). Las niñas y niños trabajadores forman parte, en su gran mayoría, de hogares pobres (insuficiencia de ingresos). El trabajo infantil es causa, de forma significativa, de la situación de marginalidad que viven sus familias y a la necesidad de generar ingresos para el hogar.

Gráfico 2.1.–América Latina (17 países): tasas de trabajo infantil de 5-14 años y % de población pobre (insuficiencia de ingresos)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de encuestas de hogares CEPAL (CEPAL, 2006)

A nivel agregado (país) las tasas de trabajo infantil se correlacionan positivamente con las tasas globales de pobreza: la tendencia entre países muestra una asociación entre tasas elevadas de trabajo infantil (5-14 años) con altas tasas de incidencia de la pobreza y viceversa, de forma tal que la situación a nivel de hogares y personas se reproduce a nivel agregado. Se consideró tanto la pobreza por insuficiencia de ingresos como por necesidades básicas insatisfechas (aproximada por el Índice de Pobreza Humana o IPH)², (cuadro 2.2. del Anexo II).

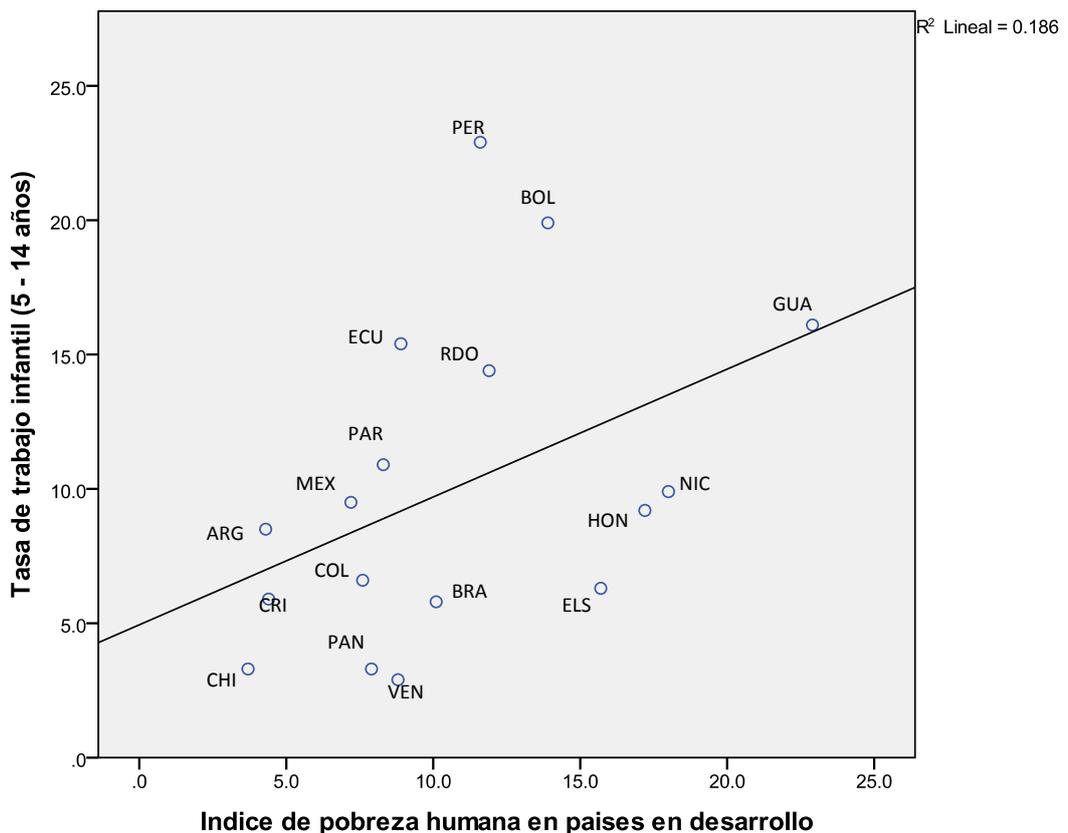
También se presenta una correlación positiva entre las tasas de trabajo infantil y la pobreza medida por el IPH (gráfico 2.2 del capítulo y cuadro 2.2 del anexo II), es decir, que a medida que aumenta la insatisfacción de las necesidades básicas materiales consideradas para la medición del IPH, también aumenta la tasa de trabajo infantil. El coeficiente de correlación es en este caso menor que el anterior: 0,431, poniendo en

² El Índice de Pobreza Humana (IPH) mide privaciones en tres aspectos básicos del desarrollo humano: una vida larga y saludable (longevidad), los conocimientos y un nivel de vida decoroso. La privación en el caso de la longevidad está determinada por la vulnerabilidad a la muerte a una edad relativamente temprana y se mide por la probabilidad al nacer de no vivir hasta los 40 años. En el caso de los conocimientos, la privación se refleja en la exclusión del mundo de la lectura y las comunicaciones y se mide por la tasa de analfabetismo de las personas adultas. Finalmente, la privación en lo que respecta al nivel de vida se refleja en la falta de acceso a suministros económicos generales y se mide por el porcentaje de la población que no utiliza fuentes de abastecimiento de agua potable y el porcentaje de menores de 5 años de edad con peso insuficiente.

evidencia que la insuficiencia de ingresos es un determinante más significativo para el trabajo infantil (Cuadro 2.2. del anexo II).

Cabe destacar el coeficiente de correlación positivo que existe entre el las tasas de trabajo infantil y la incidencia de la desnutrición: 5,12, siendo un valor bastante significativo respecto a otras variables.

Gráfico 2.2.–América Latina (17 países): tasas de trabajo infantil de 5-14 años e Índice de pobreza humana (IPH1)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de encuestas de hogares y PNUD (2006)

Aunque el trabajo infantil genera un aumento de los ingresos para los hogares, éste no es suficiente para acabar en la que viven. Cuando se consideran los ingresos provenientes del trabajo infantil (en efectivo e imputado), solamente una proporción muy baja de los hogares con niñas y niños trabajadores logra superar el umbral de la pobreza por insuficiencia de ingresos gracias al aporte del trabajo infantil.

Al considerar el aporte del trabajo infantil (en efectivo y como valor imputado) como parte del ingreso de los hogares, éste solamente logra reducir en pocos puntos



porcentuales la incidencia de la pobreza extrema y total a nivel nacional, independientemente de la magnitud del trabajo infantil en el país o de lo elevado de las tasas de pobreza sin considerar esos ingresos. A nivel de países, el trabajo infantil no constituye entonces una solución al problema global de la pobreza como tampoco a nivel de hogares.

2.3. El contexto de la familia y su influencia

La pobreza no es el único factor que influye en el trabajo infantil ni justifica todos los tipos de trabajo y de servidumbre.

Si los hogares carecen de recursos para satisfacer sus necesidades básicas, los padres ven que los ingresos a corto plazo que aportarán sus hijos/as superan las ventajas de la educación a largo plazo. A esto se le suma que la educación de menores pobres puede resultar costosa, inaccesible, de poca calidad o ser considerada irrelevante. Por otro lado, muchas familias dependen del trabajo de las niñas en el hogar para que los adultos puedan trabajar en el exterior.

Los niños y niñas pueden decidir trabajar porque saben que su familia necesita dinero o debido a la influencia de amigos y compañeros con los que se reúnen en la calle o en otros lugares (IPEC, 2003; 4).

En la mayoría de las sociedades, la familia es tanto la influencia emocional inmediata del menor como su introducción a la vida en sociedad, siendo su primera vía de contacto con el mundo exterior. La mayoría de niños y niñas empiezan a trabajar ayudando a sus familias, antes de salir a trabajar para otros. Lo hacen debido a la pobreza, pero también, en muchas sociedades, debido a que los valores culturales y las expectativas ven esto como una manera natural y “correcta” de introducir al niño en los roles y responsabilidades vinculados a ser un miembro de una familia y al crecimiento. En el caso de las familias agrícolas, por ejemplo, si ésta posee tierra o trabaja en la tierra de otros, el niño empezará a pasar el día en los campos junto con sus padres, haciendo trabajos muy fáciles al principio y luego progresivamente otros más exigentes. Dónde trazar exactamente la línea entre trabajo aceptable para los niños y trabajo que es trabajo infantil –trabajo peligroso y/o que interfiere con la capacidad para beneficiarse de la educación–es algo no siempre fácil. A menudo es necesario conocerlas circunstancias específicas de un caso antes de poder hacerlo (Basu, 1999; 1083-1084).



En la mayoría de las sociedades latinoamericanas, hasta tres cuartos de todos los niños/as económicamente activos menores de 18 años son trabajadores familiares no remunerados, que ayudan en ocupaciones tanto agrícolas como no agrícolas. No siempre son niños/as de los estratos más pobres de sus sociedades. De hecho, hay alguna evidencia que indica una necesidad aun más grande de la ayuda de los niños si la familia está en buena posición: en el caso de una familia agrícola, por ejemplo, hay más tierra y más animales que atender.

El patrón de los niños/as ayudando a los padres es común: los menores asisten a sus padres en pequeñas tiendas y actividades comerciales, o en pequeñas empresas de base familiar.

En regiones en que predomina el trabajo familiar rural (familias que elaboran cosas en sus casas para otros, por lo general trabajo a destajo), los niños/as participan como parte del hogar durante las horas en que no están en la escuela, o si no simplemente se quedan en casa para trabajar en vez de ir a la escuela.

Es mucho menor la tendencia de que los niños/as ayuden a sus padres o compartan la carga de trabajo y la jornada laboral de sus padres cuando éstos trabajan en entornos urbanos o institucionales tales como fábricas u oficinas. En este caso, si un niño va al trabajo, probablemente será en algún entorno en que la familia no está presente.

Las familias de menores trabajadores tienden a ser familias más grandes –más grandes que el promedio en la zona donde viven–, y el niño/a que más sale a trabajar es el mayor, o el segundo. Es bastante común que las cargas económicas de la familia recaigan primero en los hijos mayores. Aparentemente, esto no se debe sólo a valores tradicionales, sino también al hecho de que, a medida que los hijos menores crecen y empiezan a hacer algo de los quehaceres domésticos, los hijos mayores pueden ser enviados a ganar un salario. A veces esto significa migrar a centros urbanos a trabajar, incluso a joven edad, y enviar remesas (dinero ganado) a la familia.

A veces la familia está endeudada. En verdad, el endeudamiento parece ser un factor significativo en contribuir a la vulnerabilidad de la familia, y el niño puede ser enviado a trabajar a fin de pagar la deuda (esta es una causa de la servidumbre por deudas, una forma de trabajo forzoso).



En el cuadro 2.5 se presentan algunos de los factores relacionados con la familia que influyen en por qué un niño/a podría trabajar. Están agrupados según si son “internos” a la familia o si tienen que ver con la interacción entre la familia y la sociedad en su conjunto; aunque a veces esto puede ser una distinción difícil y algo arriesgada de hacer, pues en la práctica muchos de estos factores están relacionados. También es aparente que algunos de ellos están estrechamente relacionados con la pobreza familiar.

Cuadro 2.5. Factores familiares del trabajo infantil

Factores internos	Factores externos
<ul style="list-style-type: none">▪ Situaciones familiares difíciles:<ul style="list-style-type: none">- Familias monoparentales- Enfermedad en la familia o incapacidad para trabajar- Familias disfuncionales- Familias que no brindan apoyo o protección▪ Pobres valores familiares▪ Bajo nivel de educación (del niño o los padres)▪ Bajo nivel de aptitud parental	<ul style="list-style-type: none">▪ Pertenecer a una población minoritaria (racial o étnica) y sufrir exclusión social▪ Fuertes influencias del grupo de compañeros e influencias externas, con valores materiales▪ Dislocación socioeconómica (crisis económica, transición política y social)▪ La situación especial de las niñas

Fuente: Hilowitz, Kooijmans, Matz, Dorman, De Kock, Alectus, 2004; 87

- **Factores internos:**

El término “factores internos” se refiere a un número de ‘desgracias’ que puede afectar a una familia. Pueden ser la muerte o abandono de un miembro de la familia, dejando al otro imposibilitado para mantener a los/as hijos/as. La enfermedad puede empobrecer a una familia, y si la persona que trabaja cae enferma, la familia puede terminar en la indigencia. En algunos casos, los padres pueden estar permanentemente incapacitados para trabajar por razones de salud física o mental.

Por otro lado, una familia disfuncional es en la que se sufre el abuso de alcohol o drogas, violencia o abuso sexual. Estos niños/as están desprotegidos por sus familias, que les obligan a trabajar a muy temprana edad, llegando incluso a hacerlos abandonar el hogar.

Algunos hogares poseen “pobres valores familiares” relativos al trabajo, educación, el respeto hacia las mujeres y niños, consumo de alcohol y drogas, los límites sexuales entre familiares, la relación entre la familia y la comunidad, el orgullo familiar, la



afiliación y creencias religiosas, etc. Estos valores son transmitidos de padres a hijos desde que nacen, e influyen en el comportamiento de los padres en lo referente a sus hijos y las elecciones que ellos (o los niños) hacen, incluso respecto al trabajo infantil.

El bajo nivel de educación y aptitudes de los padres tiene también efectos negativos sobre los/as niños/as y su futuro, ya que estos estarán limitados a una escasa educación familiar y a bajas aspiraciones para obtenerla. Así, el aprendizaje y la escuela pueden no ser altamente valorado y los padres pueden no percibir la necesidad de que sus hijos e hijas obtengan la educación que ellos no tuvieron.

- **Factores externos: La influencia de la sociedad**

En algunos países, muchas de las familias que envían a sus hijos a trabajar pertenecen a poblaciones minoritarias socialmente marginadas y denigradas por las poblaciones circundantes durante generaciones.

Actualmente, son numerosos estudios los que señalan el “consumismo” como causa del trabajo infantil. El deseo de obtener bienes materiales funciona en dos niveles, el de la familia en su conjunto y el de los propios menores. Enviar a los niños/as a trabajar es una manera de aumentar el ingreso familiar y hacer posibles algunas compras. A pesar de que estas familias no son lo suficientemente pobres como para carecer de lo más básico, estos niños/as pueden llegar a trabajar en lo que se denomina “peores formas de trabajo”, y la escuela puede a menudo quedar de lado a fin de desempeñarlo.

Esta necesidad de acceder a posesiones materiales puede proceder del grupo de compañeros del niño/a en cuestión, para los cuales estas compras se vuelven una “necesidad” y un símbolo de pertenencia y estatus. En este caso, el grupo de los compañeros reemplaza (o va segundo) a la familia en alentar a la persona joven a abandonar o privarse de la escuela para ir a trabajar. El grupo de los compañeros suele también seleccionar o reforzar la clase de trabajo que el niño asume, pues los menores con frecuencia siguen a sus amigos al ingresar en la fuerza laboral. En el narcotráfico y en la explotación sexual comercial, el grupo de los compañeros participa en seleccionar y alentar una actividad ilícita y peligrosa. Si la familia ya está involucrada en el mundo de las drogas, la asociación con el grupo de compañeros y las altas ganancias que produce la actividad (dando lugar a altos niveles de consumo) se combinan para consolidar su control sobre la persona joven y su futuro.



Otra categoría de factor “externo” en la lista arriba señalada es la dislocación socioeconómica, lo cual significa crisis económica y transición política y social.

2.3.1. Una tipología de familias en relación con el trabajo infantil

Según la información empírica obtenida en un estudio realizado en 2005 sobre las características de los niños, niñas y adolescentes trabajadores y sus familias (CETI; Infamilia, MIDES; OIT-IPEC; CEISU; 2006; 70-75), se reconocen cinco tipos diferentes de familias vinculadas al trabajo infantil. A continuación, se definirá cada una de ellas, según perfil (ver cuadro 2.6.):

- Perfil 1. El trabajo infantil “estructural”, está asociado a familias con varias generaciones ligadas al trabajo infantil. Este es uno de los perfiles más vinculados con las peores formas de trabajo infantil. Por ejemplo, “una madre trabaja desde niña ayudando a su madre en el lavado de ropa para un cuartel. Tiene un proceso de emancipación temprana, a partir de un embarazo adolescente. Comienza a mendigar en barrios residenciales de clase alta con todos sus hijos. Los hijos mayores se convierten en recolectores. Su hija mayor se emancipa a partir de un embarazo adolescente y esta hija comienza a mendigar con su bebé”.

- Perfil 2. Se refiere a familias con situaciones de pobreza reciente, donde no hay generaciones previas vinculadas al trabajo infantil. En estos casos, la inserción en el trabajo infantil se va dando niño a niño, comenzando con los mayores. Se tiene la voluntad de proteger a los más pequeños, que van ingresando en el mundo laboral cuando crecen, si la situación familiar no mejora. Por ejemplo, una madre trabaja de manera formal en el sector industrial, queda desocupada y comienza a recolectar cartones y envases plásticos y de lata. En principio, su hija mayor le ayuda, teniendo que abandonar la escuela. Intentan resguardar a sus dos hijas menores, que están cursando el ciclo básico de secundaria. La segunda hija abandona la escuela y comienza a ayudar a la madre, pero intentan que la hija menor continúe estudiando.



- Perfil 3. En algunas ocasiones, a pesar de que en la familia no existen antecedentes de trabajo infantil, tiene lugar una situación desestructurante se produce una desafiliación institucional acelerada. A estas situaciones desencadenantes se califican como «tragedias». Es el caso, por ejemplo, de mujeres sin experiencia laboral ni calificación para insertarse en el mercado, que enviudan teniendo a su cargo a hijos/as menores.

- Perfil 4. Existe un tipo de trabajo infantil vinculado a familias con alto grado de conflictividad interna debido a una excesiva carga reproductiva, situaciones de violencia doméstica u otras razones que, a pesar de contar con activos que no encontramos en los tipos anteriores, generan trabajo infantil. En estos casos, los niños/as comienzan a trabajar por su cuenta, generalmente combinando el deseo de contar con dinero propio con la necesidad de salir de su hogar.

- Perfil 5. Son familias sin indicadores de pobreza, que obligan a sus hijos/as a trabajar de manera ilegal. Se puede dar, por ejemplo, en adolescentes que dada su condición de habitantes de una zona rural, sin cobertura de educación secundaria, se incorporan a situaciones de trabajo rural informal. Otro ejemplo sería el trabajo adolescente en un comercio familiar. En este caso, no compromete su desempeño en su educación secundaria y se notan fuertes activos en la familia. La motivación no es la sobrevivencia pero sí es económica, ya que esta ayuda se valora como necesaria por los padres.

Cuadro 2.6. Tipología de familias según su vinculación con el trabajo infantil

Perfil 1: Familias con varias generaciones vinculadas al T.I. → Trabajo infantil estructurado
Perfil 2: T.I. vinculado a familias que atraviesan por situaciones de pobreza reciente → No existen generaciones previas vinculadas al trabajo infantil
Perfil 3: Se da una situación desestructurante o “tragedia” en la familia → No existen antecedentes de T.I. en la familia
Perfil 4: T.I. vinculado a familias con alto grado de conflictividad interna
Perfil 5: Familias sin indicadores de pobreza, que ponen a trabajar a sus hijos de forma ilegal

Fuente: Elaboración propia a partir de datos obtenidos de CETI; Infamilia, MIDES; OIT-IPEC; CEISU; 2006; 70-75.

En conclusión, ningún factor puede por sí solo explicar plenamente la persistencia y, en algunos casos, el aumento del trabajo infantil. La manera en que causas diferentes, en planos diferentes, interactúan entre sí determina en último término si un niño individual se convierte en un niño trabajador. Se necesita más investigación para explicar el hecho de que no todos los hogares pobres con niveles similares de ingreso—incluso de ingreso bajo—recurren al uso de trabajo infantil (Brown, 2001).

Tenemos que aprender más sobre lo que mantiene a estos niños fuera de la fuerza laboral o del mercado laboral. A la inversa, el trabajo infantil se encuentra a veces en hogares cuyos ingresos están por encima de la línea de pobreza, y tenemos que aprender más sobre las razones. Sabemos que hay factores más allá de la necesidad de ingreso familiar adicional que entran en juego al determinar los resultados referidos al trabajo infantil, pero tenemos que comprender mejor qué factores tienden a predominar en qué entornos.

Lo que es sorprendente es cuántas de las causas y factores tienen que ver con la familia, o con la familia bajo el impacto de procesos que obran en la sociedad en un sentido amplio. Estos procesos pueden ser económicos, sociales o políticos, y pueden ir precedidos o acompañados por cambios en los valores. Incluso en entornos más tradicionales, las decisiones sobre si un niño en particular trabaja o no dependen de una combinación de necesidad (si la familia o el niño realmente requieren el ingreso) y oportunidad (si hay trabajo disponible para los niños). Los valores (sobre los niños y



sobre la importancia relativa de niños y niñas ahora y en el futuro, sobre la educación y sobre el consumo y posesiones materiales) juegan también un rol.

Las percepciones (sobre si el niño o la familia tienen imágenes de una vida material mejor, que puede asegurarse con el trabajo del niño, o si asistir a la escuela o combinar la escuela con el trabajo es una manera más productiva de que los niños empleen sus días) son también importantes, ya sea que se basen en la realidad o que se basen en una comprensión parcial y limitada de las posibilidades.

2.4. Movimientos demográficos

En América Latina, los temas de población han sido objeto de debate y acción pública, así como de investigación científica desde hace varias décadas. El descenso sostenido de la mortalidad y de la fecundidad significa un progreso en el cumplimiento de derechos humanos y un mejoramiento de las condiciones para los proyectos personales. Por su parte, la caída del ritmo de crecimiento de la población ha atenuado una fuente importante de presión sobre los ecosistemas y los recursos públicos (CELADE/UNFPA, 2005; 7).

Por ello, es importante tener en cuenta ciertos aspectos de los movimientos demográficos que tienen lugar en los diferentes países y observar su repercusión sobre la explotación infantil, con el fin de llevar a cabo políticas que nos ayuden a erradicarla. A continuación, analizaremos temas como el envejecimiento, la maternidad adolescente, la mortalidad maternal, o la migración como causas de trabajo infantil:

a) El contexto del envejecimiento: la situación de las personas mayores y trabajo infantil

Las condiciones de seguridad económica para la población de adultos en América Latina son deficientes, desiguales y poco equitativas. Tanto en las áreas urbanas como en las rurales más de un tercio de las personas de 65 años y más no dispone de ingresos de pensiones o jubilaciones ni de un trabajo remunerado. En el área urbana, sólo dos de cada cinco personas mayores disponen de ingresos provenientes de la seguridad social, y en las zonas rurales apenas uno de cada cinco (gráfico A del Anexo II).

De este modo, es evidente que en la mayoría de los países una proporción significativa (más del 80%) no dispone de una pensión o jubilación (CEPAL, 2003; 12).



Una de las fuentes importantes de apoyo y cuidado en la vejez es la familia. Los datos de la encuesta de Salud, Bienestar y Envejecimiento (SABE) realizada en siete ciudades de la región, ilustran la intensidad con que ocurren las transferencias de apoyo en que participan los adultos mayores. Una alta proporción de personas mayores reciben protección familiar. Entre los tipos de apoyo, los más destacados son los que implican servicios, bienes y dinero, y el más importante proviene de los miembros que conviven en el hogar, además del de los hijos que viven lejos del hogar paterno (CEPAL, 2003; 18). Por ello aumenta la presión de las familias, e indirectamente, esta circunstancia impide disminuir o eliminar el trabajo infantil de los hogares más pobres, siendo una de sus causas.

b) Fecundidad y maternidad adolescente

La fecundidad ha caído fuertemente en todas las edades, salvo aquella que acontece antes de los 20 años (fecundidad adolescente) (gráfico B del Anexo II). Es más, según encuestas especializadas y datos censales, la maternidad habría aumentado en los últimos años en la mayoría de los países, en particular entre las menores de 18 años. Es una tendencia preocupante porque la maternidad adolescente tiene adversidades bien documentadas para progenitores (y sus familias, en particular los padres de las muchachas) e hijos. Criar dos hijos puede parecer menos complejo que criar cinco, pero si el primero de los dos se tiene antes de los 20 años igual se bloquean opciones, especialmente para las mujeres (Rodríguez, 2003a; 4-11).

La fecundidad se mantiene netamente superior entre los grupos pobres y entre los indígenas, aun cuando en algunos países, como Brasil, Colombia, México y Nicaragua, se ha observado una fuerte reducción de ella entre los grupos pobres y en algunos casos también entre los indígenas. Los eventuales beneficios que los padres pobres pueden obtener de una prole numerosa –algunos de los cuales derivan de acciones que van en directo desmedro de los hijos, como el trabajo infantil– no superan los costos de la crianza; en tal sentido, la sobre fecundidad de los pobres significa una erosión del ya escaso presupuesto familiar, un virtual encadenamiento doméstico de las mujeres y un contexto debilitado y precario para una crianza exigente. Por todo ello existe la convicción de que una elevada fecundidad es uno de los mecanismos que contribuyen a la reproducción intergeneracional de la pobreza, y con ello, de la explotación de



millones de niños, niñas y adolescentes (Paz, Martínez, Guzmán y Rodríguez, 2004; 25-31).

Respecto del calendario de la fecundidad (Juárez y Llera, 1996), la reproducción temprana y la maternidad adolescente se producen con más frecuencia entre las chicas pobres, las que de manera creciente son madres solteras, lo que termina por involucrar directamente a los abuelos en la crianza. Ser madre adolescente, pobre y además en una situación inestable de pareja, es un mal pronóstico ya que expone al hijo/a a una situación de desventaja desde la concepción misma.

Es posible afirmar que el fenómeno del trabajo infantil en América Latina se asocia directamente con la tasa de fecundidad global: si observamos el cuadro 2.4. del anexo, el coeficiente de correlación es de 0,56.

c) Mortalidad maternal y trabajo infantil

La morbilidad y mortalidad materna son consideradas uno de los problemas de salud pública más importantes para los países en desarrollo. Aunque las muertes relacionadas con el embarazo y el parto no constituyen un número relativamente importante, no es aceptable que ocurran, ya que en la mayoría de los casos es posible evitarlas. De acuerdo con las estimaciones disponibles, en 1995 en el mundo morían un poco más de medio millón de mujeres (515.000) por esta causa. En América Latina y el Caribe las muertes maternas de ese mismo año eran aproximadamente 22.000, casi un 4% del total mundial. Las amplias desigualdades en torno a la incidencia de la mortalidad materna y el carácter evitable de estas muertes condujeron al consenso de que su reducción es una prioridad internacional, lo que ha sido expresado en los diversos foros a nivel mundial y se ha plasmado en políticas y programas tendientes a extender la atención del embarazo desde su inicio (CELADE/UNFPA, 2005; 20).

Los seres humanos para desarrollarse como tales tienen el derecho a, cuando menos, satisfacer sus necesidades básicas: alimentación, vivienda, educación, vestido, comunicación, etc. La pobreza es la negación de esos derechos y la principal responsable de las muertes maternas a nivel mundial y nacional (Elu y Santos-Pruneda, 2004; 4).

Mientras que a nivel global en los países eufemísticamente denominados "en desarrollo" las muertes maternas en relación con el total de defunciones, es de una en 48; en los



desarrollados es de una en 1,800. Las cifras por regiones brindan un panorama alarmante: África es de una en 16; Asia, una en 65; América Latina y el Caribe, una en 130; Europa, una en 1,400; y América del Norte, 1 mujer en 3,700 (FCI, 2000: 10).

Un ejemplo claro es lo que ocurre en México. En los municipios de alta marginación y/o en grupos de población, sin acceso a los recursos vitales, las mujeres tienen tres veces más riesgo de morir por causas maternas que en los de baja marginación.

La tasa de mortalidad maternal tiene una relación directa respecto al trabajo infantil: muchos niños y niñas, al fallecer la figura materna (en el momento de su nacimiento o en el de alguno de sus hermanos/as), se ven obligados/as a trabajar fuera o en casa, cuidando de los hermanos/as menores, realizando tareas domésticas, etc. Podemos observar un alto coeficiente de correlación positivo entre ambas tasas: 0,69. La misma relación existe entre la tasa de orfandad y la de mortalidad maternal, aunque el coeficiente de correlación es menor: 0,334 (ver Cuadro 2.4. del anexo).

d) Migración y trabajo infantil

La migración tiene dos dimensiones: el desplazamiento interno y la migración internacional. Factores económicos como la pobreza y la falta de oportunidades laborales han provocado un fuerte aumento de los flujos migratorios internos e internacionales. Según diversos estudios, existe una relación directa entre pobreza y migración. Sin embargo, dicha relación no es estrecha, ya que, aunque las personas pobres son las que migran, hay un punto de inflexión: los extremadamente pobres no tienen posibilidades económicas suficientes para desplazarse hasta otra región, ya que ello supone ciertos gastos.

En su caracterización de la relación entre migraciones y juventud, tienen lugar tres tipos de fenómenos (Whitehead y Hashim, 2005:7): los jóvenes que migran como miembros de una familia (movilidad interna en un proceso de éxodo rural, migración económica internacional, refugio y asilo); los jóvenes que migran de manera autónoma, (migración laboral, trata infantil, desplazamiento forzado); y los niños y niñas cuyos padres migran y que se quedan en su lugar de origen (migración de un solo padre o de ambos). A cada tipo de migración corresponde una serie de efectos distintos, entre ellos el trabajo infantil. En general, existe mayor riesgo de vulnerabilidad frente a la explotación laboral y la trata infantil cuando niños, niñas y adolescentes migran de manera autónoma.



El Fondo de Población de las Naciones Unidas, en el marco de su informe sobre el “Estado de la población mundial 2006”, hizo un estudio, “Jóvenes en movimiento”, que relata experiencias de adolescentes migrantes en el mundo y casos de jóvenes víctimas de trata de personas, en particular de explotación sexual (prostitución infantil) y laboral (trabajo doméstico). Según ese estudio, el 60% de las migraciones internas e internacionales en América Latina corresponde a migraciones de trabajadoras domésticas, esencialmente de las zonas más pobres hacia las más desarrolladas. La migración de menores sigue, en muchos países, una dinámica cultural donde los adolescentes son considerados como adultos, y el trabajo infantil –incluso cuando implica un desplazamiento– no tiene la connotación negativa que puede tener en el mundo desarrollado (Bastia, 2005:80), por lo que es una situación difícil de solventar.

En general, los flujos migratorios de niños, niñas y adolescentes se dan entre países fronterizos. Vilaboa hace una caracterización de los niños y las niñas migrantes en dos ciudades de la frontera norte de México (Vilaboa, 2006:60-63): Tijuana y Nogales. Muestra que si bien la mayoría de los jóvenes migrantes va a reunirse con uno o ambos padres, una parte busca algún trabajo en Estados Unidos. Por su parte, Acuña González resalta la creciente importancia de los flujos de jóvenes nicaragüenses hacia Costa Rica, donde además de trabajar en condiciones de explotación laboral enfrentan problemas de discriminación relacionados con su origen (Acuña, 2007:18). Asimismo, Bolivia, por sus altos niveles de pobreza, registra fuertes movimientos migratorios de menores de edad hacia los países vecinos, en particular a Argentina, Chile y Perú. Se trata en esencia de migraciones irregulares por los “puntos ciegos” de las fronteras, es decir, los ríos y áreas alejadas de los puestos de control (Proadolescentes, 2008).

La migración a la ciudad es, en algunos casos, un medio para que los jóvenes del campo accedan a una actividad remunerada que ayude a financiar sus estudios (Hashim, 2007:927). Con frecuencia, los alumnos abandonan la escuela antes de la finalización de la enseñanza primaria, con el fin de migrar a las ciudades, donde hay pocos incentivos para adquirir una educación más allá de la alfabetización elemental (Ping y Pieke, 2003:8).

Se ha de señalar también, que el ingreso laboral prematuro se asocia a un menor rendimiento escolar y a un mayor nivel de deserción del sistema educacional. Tres de cada cuatro niños que trabajan, abandonan los estudios y en promedio pierden alrededor

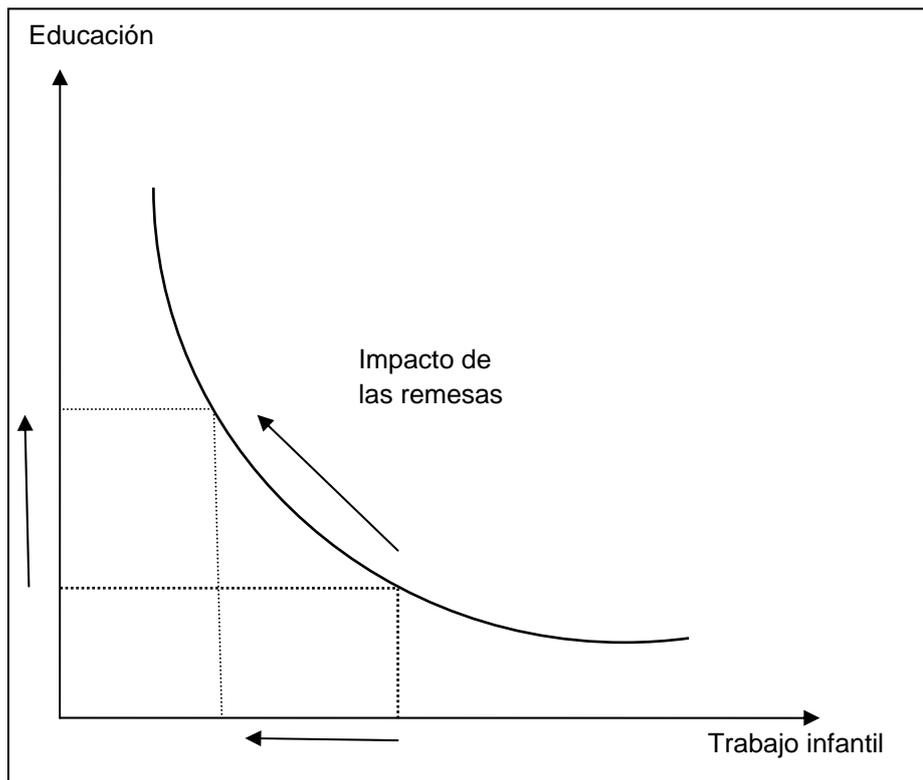


de dos años de escolaridad en comparación con los niños que se incorporan al trabajo a los dieciocho años. Esto se traduce en pérdidas de ingresos durante la vida laboral y significa hipotecar al menos una quinta parte del ingreso futuro.

En cuanto al impacto de la migración de los padres para los hijos que se quedan, los investigadores han centrado su interés en la relación entre remesas, educación y trabajo infantil, y suponen que, existe una relación inversa entre educación y trabajo infantil (Akabayashi y Pasacharopoulos, 1999). De hecho, el tiempo que los niños y las niñas dedican al trabajo representa un costo de oportunidad que va en detrimento de sus estudios. Cuanto más dinero necesitan las familias, menos tiempo disponible hay para la escuela. Además, la educación, aun cuando es gratuita, tiene un costo en la medida en que significa gastos suplementarios para las familias, en particular en útiles escolares, uniformes y transporte (Tomasevski, 2006; 4-5). A la inversa, la educación tiene repercusiones sobre el trabajo infantil pues retrasa el ingreso de los menores al mercado laboral. En este caso, ya no se considera como un costo sino como una inversión. Esto implica que la educación sea de calidad, es decir, que fomente el desarrollo personal y ayude a cumplir los objetivos individuales y familiares (Linaje, 2008:1-4).

Desde esta perspectiva, las remesas pueden influir directamente en el trabajo infantil ya que permiten reducir el costo de oportunidad de la educación. Este efecto se representa en el gráfico 2.3., mediante el desplazamiento del punto A al punto B, que equivale a una reducción del tiempo que los niños y las niñas pasan trabajando y a un aumento del tiempo que dedican a la escuela (Khoudour-Castéras, 2009:232).

Gráfico 2.3.: Impacto de las remesas en la educación y en el trabajo infantil



Fuente: Efectos de la migración sobre el trabajo infantil en Colombia, Khoudour-Castéras, D. (2009).

Los niños/as que “quedan detrás” están en riesgo de que sean violados sus derechos. Aquellos que están al cuidado de parientes o instituciones pueden tener menos protección frente a la explotación sexual y el abuso, que los niños que son atendidos por sus padres. Los mayores muchas veces llevan la carga de tener que cuidar a sus hermanos menores. Además, la pérdida constante de profesionales calificados –la “fuga de cerebros”– socava la disponibilidad y la calidad de los servicios básicos en los países de origen (por ejemplo, cuando emigran enfermeros o docentes), lo que también repercute en el bienestar de los niños.

Sin embargo, la migración también puede tener un efecto positivo en la vida de los menores: es una oportunidad para la transmisión positiva de capital humano “padre-hijo” (educación, salud física...), lo que disminuirá, en el futuro, la pobreza intergeneracional (Harper y Marcus, 2003:536). Si están acompañando a sus padres, emigrando para reunirse con sus familias, o recibiendo ayuda económica en la forma de remesas enviadas desde el exterior, los niños pueden acceder a mayores oportunidades de desarrollo con respecto a la educación, la salud y la evolución psicosocial. Las remesas pueden aportar a la adquisición de alimentos, vivienda, mejor educación y



atención sanitaria, y también a disminuir el trabajo infantil. La emigración también puede tener un efecto positivo en la salud del niño. El Informe sobre desarrollo humano 2009 demuestra que las tasas de mortalidad infantil caen de forma pronunciada entre los niños/as de emigrantes, cuando se las compara con las de los niños/as que permanecen en países de origen con puntajes bajos o medios en el índice de desarrollo humano (IDH) (PNUD, 2009:55).

A pesar de lo dicho anteriormente, el porcentaje de las remesas por parte de los hogares receptores que se destinan a la educación, en la mayoría de los países latinoamericanos, es muy pequeño, Según datos de CEPAL (2004), en El Salvador, sólo se destinaba el 4% de las remesas de los hogares a educación, en Guatemala un 7 %, o en Ecuador sólo un 2%. Encabezaba la lista Bolivia, con un 21 % de las remesas del hogar. Por ello, será necesario que los gobiernos de los distintos países adopten políticas de lucha contra el trabajo infantil, fomentando la asistencia de los niños y niñas a la escuela mediante, por ejemplo, subsidios a las familias necesitadas. Esto asegurará la disminución del número de menores trabajadores de forma más significativa, que éstos accedan a un trabajo cualificado cuando sean adultos y que las generaciones futuras sean menos pobres que las actuales (Psacharopoulos, 1997:386).

Cabe destacar, por otro lado, la relación inversa que existe entre los indicadores de pobreza y el gasto público en educación per cápita además de éste último con la tasa de trabajo infantil. Se puede afirmar que para erradicar la explotación infantil, es necesario el incremento del gasto público en educación lo que indirectamente disminuirá, a largo plazo, los niveles de pobreza intergeneracional e incrementará la productividad futura de la fuerza laboral de las economías. (Binder y Scrogin, 1999:123).

2.5. Referencias Bibliográficas

Acuña G. (2007): *Migración y trabajo infantil y adolescente: una aproximación para la construcción de una agenda regional*. III Foro de ONG de Iberoamérica, Montevideo.

Akabayashi, H. y Psacharopoulos, G. (1999): “The Trade-off between Child Labour and Human Capital Formation: A Tanzanian Case Study”, *Journal of Development Studies*, Vol. 35, 5, pp. 120-140.



- Alkire, Sabina and Santos, M.E. (2010) “Multidimensional Poverty Index: 2010 Data. Oxford Poverty and Human Development Initiative”.
- Bastia, T. (2005). “Child Trafficking or teenage Migration? Bolivian Migrants in Argentina”, *International Migration*, Vol. 43, 4, pp. 57-89.
- Basu, K. (1999): “Child labor: Causes, consequence, and cure, with remarks on international labour standards”. *Journal of Economic Literature*, Vol. 37, pp. 1083-1119.
- Brown, D. K. (2001): “Child labour in Latin America: Policy and evidence”. *World Economy*, Vol. 24, N° 6, pp. 761–778.
- CELADE/UNFPA (2005): *Dinámica demográfica y desarrollo en América Latina y el Caribe*, Serie Población y Desarrollo, n° 58. Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- CEPAL (2006): *Migración internacional, derechos humanos y desarrollo*. Publicación de las Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- CEPAL (2003): Las personas mayores en América Latina y El Caribe: Diagnóstico sobre la situación y las políticas, *Conferencia regional intergubernamental sobre envejecimiento*, Santiago de Chile.
- CEPAL/UNICEF (2010), “Infancia y migración internacional en América Latina y el Caribe”, *Boletín Desafíos*, n° 11. Noviembre.
- CETI; Infamilia, MIDES; OIT-IPEC; CIESU (2006): *Estudio de las características de los niños, niñas y adolescentes trabajadores y sus familias: Modalidades de trabajo infantil y peores formas, perfil socioeconómico y cultural de las familias*. Productora Editorial, Uruguay.
- CRM (Conferencia Regional Sobre Migración) (2007): “Regional guidelines for special protection in cases of the repatriation of child victims of trafficking”, documento aprobado en la duodécima reunión de la Conferencia Regional sobre Migración, Nueva Orleans, 26 y 27 de abril.



- Elu, M.C. y Santos-Pruneda, E. (2004). “Mortalidad materna: una tragedia evitable”, *Perinatología y Reproducción Humana*, Vol. 18(1), pp. 44-52.
- FCI (Family Care International) (2000). *Fichas de Salud Sexual y Reproductiva*. FCI. Nueva York.
- Hashim, I. (2007): “Independent Child Migration and Education in Ghana”. *Development and Change*, Vol. 38, 5, pp. 911-931.
- Hilowitz, J.; Kooijmans, J.; Matz, P.; Dorman, P.; De Kock, M.; Alectus, M. (2004): *Trabajo infantil, un manual para estudiantes*. OIT.
- IPEC (2003) *Manual para Inspectores: Combatiendo las peores formas de trabajo infantil*. OIT. San José.
- Juarez, F., y Llera, S. (1996), *The Process of Family Formation during the Fertility Transition*, en: J. M. Guzman, S. Singh, G. Rodriguez and E. Pantelides, eds., *The Latin American Fertility Transition*, Claridon Press, Oxford.
- Khoudour-Castéras, D. (2009): “Efectos de la Migración sobre el Trabajo Infantil en Colombia”, *Revista de Economía Institucional*, Vol. 11, n°20, pp. 229-252.
- Linaje, C. (2008): “Relaciones entre educación y trabajo infantil bajo contextos de desigualdad social”, *Boletín Encuentros América Latina y el Caribe* 7.4, pp. 1-4.
- OIT (2006a): *La eliminación del trabajo infantil: un objetivo a nuestro alcance*. Informe Global de la OIT. Conferencia Internacional del Trabajo, 95ª reunión, 2006.
- Paz, J., J. Martínez, J. M. Guzmán y J. Rodríguez (2004): *América Latina y el Caribe: dinámica demográfica y políticas para aliviar la pobreza*. Serie Población y Desarrollo, n° 53. Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- Pérez Mesa, J.C. (2008) “Factores relevantes en la medición de la pobreza y el desarrollo humano: Índices PNUD”. *Revista de Economía Mundial*, n° 19, pp. 183-197.
- PNUD (2009): *Human Development Report 2009. Overcoming barriers: human mobility and development*. Palgrave and Macmillan. Nueva York.



Proadolescentes (2008). *Sistematización: Definición participativa de los efectos de la migración sobre el trabajo infantil en Bolivia*, OIT-IPEC, La Paz, Bolivia.

Rodríguez, J. (2003a) *La fecundidad alta en América Latina y el Caribe: un riesgo en transición*. CELADE.

Sen, A. (1976): “Poverty: An Ordinal Approach to Measurement”, *Econometrica*, n° 44 (2), p.p. 219-231.

Tomasevski, K. (2006): *The State of the Right to Education Worldwide 2006*. Studies in Human Rights in Education, Nijmegen, Wolf Legal Publishers.

UNICEF (Oficina Regional para América Latina y el Caribe) / Universidad Nacional de Lanús (2010): “Niños y niñas migrantes en situación migratoria irregular en América Latina y el Caribe. Estándares jurídicos básicos y líneas de acción para su protección”, CEPAL, Buenos Aires.

Vilaboa, R.E., (2006): *Caracterización de la niñez migrante en la frontera norte de México: Los casos de Tijuana y Nogales*. Corredor Bilateral para la Protección de los Derechos Humanos, A.C. Save the Children Suecia.

Whitehead, A. y Hashim I. (2005): *Children and Migration*, Background Paper for DfID Migration Team, London, Department for International Migration.